

de Renacimiento, en Manizales. Allí plasma un apasionante retrato del periodista que integra el mundo a la vida local: traduce novelas o reportajes; recorta noticias internacionales; paga corresponsales en varias ciudades. Lástima que no se haya detenido mucho a recrear las relaciones con sus artesanos en el taller de impresión; la mención, por ejemplo, del destacado impresor Arturo Zapata es expeditiva. Sin embargo, es muy interesante que la muerte de Renacimiento haya tenido que ver con la aparición de otros periódicos que compitieron por un mercado de lectores que antes le pertenecía casi en exclusiva en la ciudad. Hasta donde logran llegar estas memorias, se dibuja a un empresario derrotado en Manizales que viaja con su taller de imprenta a Bogotá en búsqueda de mejor fortuna y que parece encontrarla medrando en puestos menores del Estado.

El inicio de estas memorias puede hacernos pensar que, de inmediato, el señor Macía no quería dejar duda de su inscripción partidista en el conservatismo; la figura del padre como depositario de esa tradición explica que el comienzo del libro presente las anécdotas suficientes acerca de "cómo era mi padre". Precisamente, en estas primeras narraciones el autor nos recrea, a su modo, el ambiente político antioqueño durante el largo dominio conservador antes de la guerra civil de 1876 y los frecuentes enfrentamientos pueblerinos entre "godos" y liberales después de 1877. Queda claro desde los primeros capítulos que estamos ante un conservador antioqueño que llega a Manizales arrastrado por las pugnas partidistas que antecedieron el triunfo del proyecto político de la Regeneración; pugnas partidistas que, además, tuvieron expresiones dramáticas en la vida pueblerina.

A propósito, el comienzo de estas *Memorias* me recuerda varias escritas por personalidades políticas de nuestro siglo XIX, especialmente el influjo femenino que impulsa la escritura de las memorias. En José María Samper, por ejemplo, fueron

su esposa y sus hijas las que lo animaron a escribir su *Historia de una alma* y organizar el legajo de sus nombramientos oficiales y no oficiales que terminaron guardados en el Archivo de la Academia de Historia. En todo caso, "no burlar los deseos de mi hija" pareció ser el propósito más inmediato del anciano autor de estas memorias.



Alguien decía que las memorias, a diferencia de las autobiografías, se sitúan más claramente en el nivel de los acontecimientos externos; quien las escribe prefiere recrear esos hechos que rodearon su existencia. Mientras tanto, la autobiografía es una escritura que recrea con mayor detalle lo íntimo, la vida interior. Leyendo estas *Memorias* parece confirmarse esa separación, aunque no puede soslayarse que don Justiniano Macía Vélez navega en muchas ocasiones en ambas aguas; además, dicen los entendidos, es infructuosa una diferenciación tajante entre la autobiografía y las memorias. Ahora bien, las memorias son un tipo de fuente documental muy particular para los historiadores y demás científicos sociales. Producen, como muchas otras fuentes, una necesaria desconfianza porque, al fin y al cabo, se está al frente de un ejercicio de reconstitución de sí mismo, de representación, de explicación y de expiación que puede ocultar o magnificar muchas cosas. Es, además, una evidente justificación de una trayectoria vital a la cual se le otorga un sentido. De ese modo, su valor se vuelve muy relativo, pero

relativo en el sentido de que se trata de un aporte microcósmico que tendrá que saber ponderar el historiador o cualquier otro investigador.

Lamento que el señor Macía haya comenzado tan tarde a escribir sus memorias y que no le haya alcanzado la vida para llegar cronológicamente más lejos; que a esa hora de la vida ya hubiese olvidado anécdotas, nombres, rastros y rostros. Lamento mucho que se haya perdido el ensayo que él dice que escribió sobre el interesante caso de lesbianismo que conoció entre Heliconia y Jericó; de todos modos, el breve relato del señor Macía deja ver la moral pacata predominante, muy propia del espíritu regeneracionista, que evaluaba aquellas conductas como perversiones. Lamento también que su testamento político escrito luego del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, si acaso se conserva, no haya sido incorporado a este libro. Pero aunque las lagunas del olvido acaparen este libro de memorias, no puede negarse que estamos ante un aporte valioso para conocer detalles de la vida privada y pública, de la política menuda local y más particularmente del proceso de expansión de familias de notables antioqueños que terminaron por encontrar refugio en Bogotá y en los puestos del Estado.

GILBERTO LOAIZA CANO



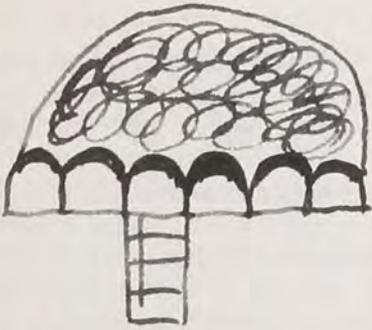
La verdad del Llano

La colonización en la Orinoquia colombiana. Arauca (1900-1980)

Germán Hislen Giraldo Castaño
Ediciones Antropos, Bogotá, 2006,
217 págs., il.

Este libro y otros de similar importancia, que estudian desde el punto de vista social las regiones colombianas periféricas, tradicionalmente desatendidas por el gobierno central, además del documento histórico sustentado en serias investigacio-

nes, constituyen un reclamo a las autoridades sobre el abandono de extensos territorios que no logran integrarse a una nación que los menosprecia. La marginalidad (pág. 39), se expresa en la casi nula presencia estatal, que no garantiza el cumplimiento de los servicios básicos para los habitantes.



Documentada con rigor y estructurada con claridad conceptual, esta monografía se deja leer con mucho agrado e interés —como una novela—, dado su conocimiento directo del territorio. Por la información que ofrece constituye un viaje en buena compañía y una lección de sencillez. Presentada casi con humildad, en contraposición a la ostentosa academia, tiene el acierto de una visión panorámica totalizadora, matizada con oportunos y necesarios detalles, y sustentada en la intención patriótica del historiador y ensayista. Por todo lo cual merece las felicitaciones de un trabajo bien logrado.

La “Introducción” determina el alcance del estudio, escrito con maestría didáctica en la redacción clara y ordenada —sin presupuestos literarios— del investigador que descubre, analiza, concluye. El empleo de recapitulaciones y anécdotas ilustrativas favorece la comprensión y la memoria, y enriquece las páginas. Completan el texto índices y grabados, aunque muy deficientes en su mayoría.

“Conocer el desarrollo de la colonización campesina en la zona de sabana y el piedemonte araucano desde finales del siglo XIX hasta 1980”, constituye el objeto de la investigación (pág. 21), el cual se rebasa ampliamente, convirtiéndose

en un valioso tratado histórico que dilucida muchos temas.

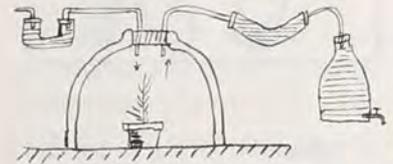
Divisiones de la obra: “Introducción”. “Colonización y comercio en Arauca”. “El camino del Sarare y la colonización del piedemonte araucano”. “La Caja Agraria y la colonización dirigida”. “El Incora y la colonización orientada del Sarare araucano”. “Conclusiones”.

La Introducción contiene una reseña del libro. Los capítulos, cuyos títulos y subtítulos no revelan la amenidad de la exposición, se extienden en subdivisiones con objetivos bien definidos. Las conclusiones resumen los temas en tres páginas. Acápito final: “Sólo la democratización de la propiedad agraria, acompañada de la creación de obras de infraestructura y la aplicación de una serie de medidas adicionales, tales como la implementación de obras de regadío, el acompañamiento técnico en la producción, y la democratización del crédito, permitirán el encadenamiento de la producción y la comercialización, factor principal del atraso de la región”.

A los niños les enseñan en campos y pueblos que Colombia es un país muy rico, y ellos con hambre. Los niños siempre tienen hambre. Región aislada y olvidada, en los llanos orientales la mayor parte de los pobladores, indígenas y mestizos, han sido más pobres y expuestos a la matanza que los ganados que constituyen el capital de las grandes haciendas. En las haciendas. Ahí está la explicación de los llanos. Empezaron con la Compañía de Jesús, siglo XVII. Los padres jesuitas fueron los mayores propietarios de tierras en los llanos. Cientos de miles de hectáreas. Ganado vacuno y caballar. Y ayuda para manejar eso. Trajeron esclavos. Vuelva usted al número 20 (1989) de este Boletín, los jesuitas en el Casanare. O a la historia de los jesuitas en América del sur. Por sabido se calla.

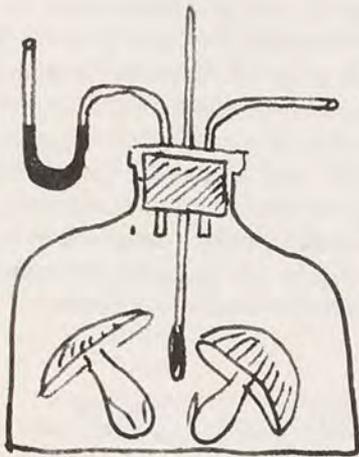
Hatos inmensos, y el propietario viviendo rústicamente. Los hatos eran posesiones de terreno hasta de 200.000 o 300.000 hectáreas, con 20.000 o más vacunos en poder de un sólo dueño. Difícil vender, en esas

lejanías. Extremas las penalidades con los ganados para llevarlos a su destino comercial. Por los malos caminos, de cien reses sólo quedaban doce, y las demás flacas, sin valor. Era común la existencia en las sabanas de grandes rebaños de ganados salvajes o mostrencos, que pertenecían a la nación. La nación, por supuesto, no sabía nada de eso. Lo importante para el hacendado era la propiedad de los animales, ya que la tierra carecía de valor, no por ser mucha, sino por la baja calidad. Diez meses de lluvias, de marzo a noviembre: todo inundado. Tres meses de sol, de diciembre a febrero: todo reseco. Tres mil hectáreas son poco, debido a la mala calidad de los pastos. Se requieren seis hectáreas para una sola res. Suelos con escasa y débil capa vegetal, mal drenados, fácilmente erosionables, pobres en nutrientes y demasiado ácidos. Los ganaderos determinan sus riquezas en semovientes. El terreno es huidizo.



El hatero (pág. 74), se situaba a la entrada del corral y extendía el bayetón en el piso. “A lo que salía un toro, el comprador tenía que arrojar una morrocota de oro amonedada”. Si el comprador terminaba sus monedas y pedía al fiado, el hatero respondía: “No es que a usted le falte la plata; es que a mí me sobran toros”. Socorro Figueroa, venezolano, fundador de Cravo Norte en 1876, podía vender hasta mil novillos de un solo color, si así se lo exigían. En la práctica, el llano era más venezolano que colombiano. Debido a la falta de vías de comunicación con el interior del país (principal problema, que se resalta con insistencia), para los araucanos resultaba más productivo integrarse económica y socialmente a Venezuela (pág. 121). Hasta 1920 sólo circulaba la moneda venezolana. Las ru-

tas de acceso eran controladas por el gobierno de Venezuela. Los obstáculos para la construcción de infraestructura eran insalvables en la época, por muchas razones. Se proyectó un camino, se proyectó un ferrocarril, una represa, una fábrica. Sólo proyectos. Que no se realizaban. Cien años duró la construcción del camino al Sarare. Los llanos de Arauca y sus cercanías (pág. 99), siempre han sido propicios para el comercio clandestino de armas, mercaderías y el tránsito de bandoleros.



El latifundio ganadero ha sido la característica principal de la propiedad agraria en la región. El ganado es el culpable de que exista abigeato, el hurto ha estado siempre a la orden del día, la impunidad por consiguiente, y la defensa en consecuencia. El robo, la impunidad y el monopolio de la vida económica por parte de los venezolanos fue un problema que afectó profundamente a la región araucana mucho más allá de 1920 (pág. 71). En 1923 escribía el comisario especial al ministro de Gobierno: "Es tal la amenaza de este mal, que haciendas hay a las que se calcula que les roban hasta cien reses mensuales. He pensado aplicar la ley y expulsar del territorio a los venezolanos y confinarlos a Araucuita como colonia penal". Allí no surtían ningún efecto las leyes colombianas, que se desconocían por completo. Los libros de historia muestran la ineptitud de los colombianos para crear un Estado. "Aún

subsiste la dificultad de aglutinar a la nación como un todo".

Se adueñaban de la tierra simplemente cercando, a lo cual contribuyó desde 1900 el alambre de púas, inventado en los Estados Unidos para resguardo de la propiedad privada.

Hasta finales del siglo XIX la ganadería fue la principal actividad en el llano (pág. 57). La abolición del tratado de libre comercio con Venezuela por Cipriano Castro en 1900, y el robo y el abigeato que trajo a la región la explotación de las plumas de garza, arruinaron por completo a los ganaderos.

Que historia curiosa, la de las plumas de garza llanera. Cuando el precio de la libra llegó a 500 dólares, valían más las plumas de una garza que la vida de un hombre. En tiempo de "cosecha" de plumas (pág. 58), morían en cada garcero de diez a doce mil garzas. Si no se despojaban voluntariamente de sus plumas, los tiradores las mataban. "Se conformaron grupos de cuatrerros en las sabanas, que bajo las sombras de la noche esperaban a los recolectores para cegarles la vida y hurtarles el manojo de plumas colectadas durante su penoso día de trabajo" (pág. 59). La Primera Guerra Mundial, que mató a ocho millones de personas, preservó a las garzas blancas del llano colombiano porque las damas europeas no pudieron seguir comprando sus níveas plumas.

La violencia continua y extrema en los llanos orientales ha sido una constante histórica, con diversos periodos bien definidos por motivos de orden político y económico en ambos lados de la frontera, y de modo permanente por diversas causas en las que el libro profundiza, dada la importancia del fenómeno en el poblamiento y desarrollo, no sólo de Arauca, sino de toda la región llanera.

Víctima desprovista de defensa ha sido siempre la población nativa. Un joven que había matado catorce indígenas en 1945 declaró que él "no sabía que era malo matar indios". En 1948 la incursión de un grupo hambriento a varios fundos de Cravo Norte ocasionó la muerte de 83 in-

dígenas. "Los hechos fueron perpetrados por colonos, terratenientes y miembros de la policía" (pág. 104).



La reseña quisiera contarle todo a usted, para que no tuviera que comprar el libro, porque esta clase de obras no suelen tener eficiente distribución comercial. Pero vale la pena, como se dice. Faltan el asalto de Humberto Gómez a la población de Arauca, la colonización del Sarare, el petróleo, las guerrillas del llano, el final del bosque, los cultivos ilícitos, la mortalidad infantil de sólo el 65%, el telegrama al Presidente de la República y muchas otras cosas. Si quiere saber más, el volumen empastado lo espera en las bibliotecas generales del Banco de la República.

JAIME JARAMILLO
ESCOBAR



Para entender mucho de la historia del país

Contrabando en Colombia en el siglo XIX. Prácticas y discursos de resistencia y reproducción

Muriel Laurent

Universidad de los Andes (Ediciones Uniandes), Departamento de Historia, Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales (Ceso), Bogotá, 2008, 620 págs.

Muriel Laurent ha investigado el contrabando en el siglo XIX colombiano desde hace un decenio. El resultado de esa enorme tarea es el libro *Contrabando en Colombia en el siglo XIX. Prácticas y discursos de resistencia y reproducción*. Los historiadores colombianos se refieren a